





Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Excepto aquellos en dominio público, los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Family Holiday*

© 2022, Shalini Boland. Publicado por primera vez en el Reino Unido por Storyfire Ltd, bajo la marca Bookouture.

© 2024, de la traducción por Cecilia Fernández Santomé

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-10080-32-4

Código IBIC: FA

DL: B 8.164-2024

Composición:

Javier Sánchez Meco

Diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en septiembre de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Shalini Boland

# Una escapada en familia

Traducción de Cecilia F. Santomé



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2024



*Para la bonita familia que tengo*





# Prólogo

*Miro fijamente desde el balcón hacia esa difusa zona en la que se está produciendo el movimiento. Es rápido y lento, todo a la vez. No me da tiempo a calibrar qué está pasando, pero sí a sentir un escalofrío que me recorre la piel a causa del aire nocturno. El tiempo suficiente para que se me quede grabada la expresión de sorpresa de ellos al atar cabos, el miedo que viene después, el horror. Y la nada.*

*El cuerpo de ahí abajo por fin ha dejado de moverse. Por fin guarda silencio. Es una mancha roja que forma un charco.*

*El silencio me grita al oído.*

*¿De verdad he hecho yo esto?*

*¿Acaso tenía alternativa?*

# Capítulo 1

## Beth

–Beth, ¿eres tú? –me llama mi marido, Niall, desde su despacho–.  
¡Ven a ver esto!

–¡Dejo la compra y voy!

Pongo las bolsas del supermercado en la mesa de la cocina y me soplo las manos para calentármelas un poco. Afortunadamente, la calefacción está al máximo. Nuestra casita de campo del siglo XVIII tiene un montón de corriente, algo maravilloso en verano, pero no tan agradable en febrero, porque en estas fechas hace un frío que pela.

Subo las escaleras –que crujen a mi paso– rumbo al despacho de Niall. Normalmente, tiene la puerta cerrada a cal y canto, pero ahora mismo está abierta de par en par y me ofrece una panorámica de su nuca. Está sentado en el escritorio consultando una página web en el portátil. La apagada estampa invernal que se divisa desde la ventana no es que ayude a iluminar la habitación, así que enciendo la lámpara de techo.

Entro en la habitación y me pongo a su lado. El cuarto es caótico pero acogedor, como el resto de nuestra casita de campo. Dos de las paredes están demarcadas por estanterías de roble que van del suelo al techo. Otra está decorada con las cubiertas impresas y enmarcadas de sus libros. Mi marido es escritor de novela histórica fantástica y tiene una saga famosa que lleva años publicándose: *Crónicas de hechicería*.

–Échale un vistazo a esto.

Niall señala la pantalla, y me quedo embobada mirando unas imágenes impresionantes de casas pijas en lugares de fábula.

Leo en voz alta el texto que corona la página: «Relájate en una bonita casa lejos de tu hogar, solo para ti».

–¿Qué te parece? –pregunta Niall dando vueltas en la silla sin quitarme el ojo de encima y sonriendo entusiasmado.

Sus ojos, marrones, le hacen chiribitas imaginándoselo ya.

–¿Unas vacaciones? –pregunto, aunque me cuesta visualizarlo.

–Ajá.

Vuelve a enfrascarse en su portátil.

Llevo años deseando con todas mis fuerzas ir de vacaciones, pero Niall prefiere siempre pasar el poco tiempo libre que tiene en casa. Vivimos en las afueras de Sherborne, un lugar agradable al noroeste de Dorset que, oh, casualidad, también es el escenario de la saga de Niall. Me muero por un cambio de aires. Al ser escritor, Niall suele hacer viajes de trabajo –para firmas de libros, conferencias, participaciones en jurados y otros eventos– por el país y al extranjero, así que para él viajar no tiene nada de relajante. Lo malo es que yo soy la que se queda en casa con los niños y no va a ninguna parte.

–¿Qué página es esa? –pregunto–. ¿Una de casas de vacaciones?

–Mucho mejor –anuncia Niall–. De intercambio de casas.

–¿De intercambio de casas?

Suena muy obvio, pero no estoy del todo segura de entender a qué se refiere.

–Sí, ya sabes: nos quedamos en la casa de alguien mientras esa gente viene a la nuestra.

Por muy desesperada que esté por irme de vacaciones, no tengo claro que me guste la idea. A lo mejor es una broma.

–¿Te refieres a que unos extraños se queden aquí? ¿En nuestra casa?

Niall chasquea la lengua y se gira hacia mí, ceñudo.

–Pensé que te haría ilusión. Siempre estás dando la tabarra con que quieres unas vacaciones. Dicen que estos intercambios de casas son algo estupendo. Creo que fue Paul quien me habló de esta página. Pero también he leído algún artículo sobre el tema.

Paul es el editor de Niall y lo mantiene al tanto de las últimas tendencias. A mi marido le encanta estar al día en esas cosas.

Ojiplática, intento poner en orden mis pensamientos.

–Y me hace ilusión, claro que sí. –Le doy un apretón en el hom-

bro a mi marido—. Es solo que necesito hacerme a la idea. Me la acabas de proponer, hace un segundo.

—Mira...

Niall pincha en varias pestañas y aparece la página de reseñas. Señala la pantalla y me lee algunos fragmentos:

—«La mejor experiencia de nuestras vidas. [...] No queríamos volver a casa». Y aquí hay otro: «Nada más llegar, estuvimos a nuestras anchas. Fue como estar en nuestra propia casa, pero en un país distinto y con la playa al lado. Por supuesto que repetiríamos». ¿Ves? —dice, levantando la mirada hacia mí.

—Suenan bien, sí —respondo.

Me guardo para mí que sería raro que mostrasen comentarios negativos en su página.

—No parece muy emocionada —resopla Niall.

—Perdona. —Suelto una carcajada a modo de disculpa—. Es que, bueno..., mi idea de unas vacaciones perfectas va más por el lado de relajarse en un hotel que por el de quedarse en casa de alguien.

Niall sacude la cabeza.

—Me alojo en hoteles pijos todo el rato por cuestiones de trabajo y, créeme, al final son todos iguales: impersonales. Un intercambio de casas resultaría más auténtico. Podríamos experimentar cómo se vive en un pueblo determinado en lugar de estar en un hotel insulso, ¿no te parece?

Asiento sin mucho convencimiento. Pensar en que unos extraños vengan a casa y se comporten como si fuese la suya me hace sentir incómoda. Pero sé cómo se las gasta Niall cuando se le mete una cosa en la cabeza: no hay quien se la quite. De todas formas, le comento mis reparos.

—Es que... Bueno, no es que sea un descanso de verdad si tengo que ir a la compra, cocinar y hacer las tareas de la casa. ¿Entiendes?

Niall tensiona la espalda e inspira, molesto. Me preocupa que se enfade conmigo. Claro que me fastidia poner pegadas, pero, si por fin vamos a irnos de vacaciones en familia, me gustaría que todos pudiésemos disfrutarlas.

—Pensaba que te encantaba cocinar —dice echándose hacia atrás en la silla.

–Y es cierto, pero no estando de vacaciones.

Se produce un silencio incómodo. Estoy a punto de romperlo cuando Niall se me adelanta.

–Vale. ¿Y si te prometo que no tendrás que cocinar ni hacer las tareas de la casa? Saldremos a cenar a un restaurante de postín cada noche. ¿Trato hecho? –dice y se gira hacia mí levantando una ceja.

Sonrío y empiezo a sentir mariposas de la emoción. Hace unos diez años que no nos organizamos unas buenas vacaciones en familia. La última vez fue cuando Connor era un bebé, y menudo desastre. Se puso enfermo al segundo día, y pasamos el resto de la semana en la habitación del hotel cuidándolo.

–¿Cuándo estabas pensando en ir? –pregunto–. ¿En julio o en agosto?

–¿Y qué tal en abril? –responde.

–Ah, vale. Solo faltan dos meses.

–Ya lo sé, pero es que estoy harto de este frío. Creo que deberíamos irnos fuera, a un sitio soleado. ¿No tienen los niños las vacaciones de Semana Santa por esas fechas?

Se me pone el corazón contento solo de pensar en una escapada a un lugar donde haga calor. Me había imaginado un intercambio de casas dentro del Reino Unido. Si hubiese sabido que se refería a unas vacaciones en el extranjero, me habría mostrado más entusiasta desde el principio.

–¿Tienes algún destino en mente?

–¿Qué tal Italia? –sugiere.

–¡Me parece estupendo!

Ya me lo estoy imaginando: bosques de limoneros, una granja en la Toscana o, quizás, un apartamento con vistas al mar.

Niall sonrío.

–Lo es, la verdad es que sí. Coge una silla de la habitación de los niños y miramos qué viviendas hay disponibles.

Hago lo que me pide y en nada nos ponemos a navegar por la página. Pero la mayoría de las casas que nos llaman la atención ya están reservadas, lo cual es frustrante. Supongo que no debería sorprenderme; al fin y al cabo, estamos tratando de hacer una

reserva para una de las épocas con más demanda del año. Lo único que queda son casas de mala muerte en las que no dan ganas de pasar una tarde y mucho menos quince días.

—¿Hay más páginas de intercambio de casas? —pregunto—. A lo mejor, podríamos elegir un país diferente. Tengo entendido que en Chipre también hace bastante calor en abril. Sal ha estado allí unas cuantas veces.

—Espera, espera. ¿Y esto?

Niall pincha en una entrada, y ante nuestros ojos se despliega la imagen de una impresionante villa de estilo moderno pintada de blanco, con una piscina turquesa bajo el cielo azul. Los muebles son contemporáneos y parecen caros. Da la impresión de que todo está immaculado.

—Es fantástica —suspiro—. Aunque dudo que vayan a querer hacer un intercambio con nosotros. A ver, ya sé que nuestra casa es preciosa, pero no está al mismo nivel que esta. Más bien, es su polo opuesto.

—Esa es la cuestión —dice Niall—. ¿Qué sentido tiene cambiarte para tener lo mismo? Ellos conseguirían una casa de campo muy cuca en Dorset y nosotros una villa soleada en la costa amalfitana.

—¿Tú crees? —No estoy convencida de que los propietarios vayan a picar—. ¿Y está disponible en nuestras fechas?

—Sí.

—¿De quién es? —pregunto—. ¿Dice ahí con quién nos intercambiaríamos?

—Dame un segundo.

Niall pincha en la pestaña SOBRE NOSOTROS.

Leemos juntos lo que han escrito sobre ellos. Según su información, Amber y Renzo Mason son unos expatriados británicos que llevan años viviendo en Maiori, un pueblo de Italia. Tienen dos hijos y están buscando algo para unas vacaciones de dos semanas en el campo.

—¿Y si registro nuestra casa en la página y me pongo en contacto con ellos? —pregunta Niall.

Por dentro, estoy dando palmas de la ilusión.

—Vale, hazlo.

Nunca, ni en un millón de años, pensé que la familia Mason aceptaría cambiar su villa por nuestra casita, con lo pintoresca que es. Así que, cuando nos hicieron saber que estaban interesados, bloqueamos el intercambio antes de que pudiesen volverse atrás.

Dos horas después, habíamos llegado a un acuerdo.

Solo nos faltaba reservar los vuelos y... ¡listos para emprender el viaje!

Qué ganas tenía de que llegase el momento.

# Capítulo 2

## Beth

Estoy de pie en medio de la habitación observando el panorama apocalíptico e intentando no entrar en pánico. Claro que estoy deseando que lleguen nuestras vacaciones en Italia –están ya a la vuelta de la esquina–, pero se me había olvidado lo estresante que puede ser hacer las maletas. Sobre todo porque no podemos dejar la casa hecha una leonera con este acuerdo de intercambio vacacional que hemos hecho. Tenemos que dejar la casa limpia como una patena. Bueno, tan limpia como nos permita esta agotadora residencia de campo de trescientos años de antigüedad.

Les envié a los Mason un montón de fotos de nuestro hogar para que supiesen exactamente dónde se estaban metiendo. Amber Mason dijo que le parecía divino, justo lo que había estado buscando; con todo, no puedo evitar preocuparme por lo que pensarán una vez que se instalen. ¿Y si se sienten engañados? No es que nuestra casa de campo sea precisamente espaciosa. En su vivienda, sin embargo, los cuartos son amplios y espaciosos y tienen cuatro habitaciones –frente a las dos nuestras–. También está el despacho de Niall, pero lo dejaremos cerrado con llave y les estará prohibido entrar en él. A día de hoy, nuestros hijos, Connor y Liam, comparten habitación. A largo plazo, tenemos planeado montar una oficina en el jardín para ganar un tercer dormitorio, pero Niall no está muy por la labor de tener albañiles por aquí: lo molestarían al trabajar. De todos modos, es un plan de futuro. Ahora mismo, tenemos dos dormitorios y punto.

Los Mason también tienen dos hijos, un niño y una niña, así que les tocará compartir la habitación. Sin duda, nos estamos llevando la mejor parte en este intercambio de casas, y nuestros chicos están deseando tener una habitación para cada uno. Por



no hablar del sol, la piscina, el *jacuzzi*, los balcones y el Mercedes descapotable. Sensiblemente diferente a mi viejo y cascado Renault Clio, que tendrán que usar mientras estén aquí. Espero que aguante el tirón. Les he apuntado el teléfono de nuestro mecánico de confianza, por si acaso. La verdad es que le dejé caer a Niall que quizás debería permitirles usar su Audi TT, pero ni siquiera nuestros hijos pueden subirse a él –sí en ocasiones muy especiales–, por lo que no hay ni la más mínima posibilidad de que se lo preste a unos extraños.

Siento ansiedad en el estómago al llamar por segunda vez a la puerta del despacho de Niall. Me encojo instintivamente cuando me responde con un «¿qué pasa?» en tono irritado.

Abro la puerta con cuidado. Mi marido está sentado en su escritorio, delante de la ventana, y tiene la cabeza, con su pelo oscuro, inclinada sobre el teclado; en la pantalla, hay abierto un documento de Word vacío. El cursor parpadea. La lámpara proyecta su luz sobre unos papeles, unos libros y unas tazas de café vacías. Odio interrumpirlo mientras escribe, pero no me queda otra.

–¿Puedes venir a echar un vistazo rápido a las cosas que te he puesto sobre la cama? Solo necesito que me digas «sí» o «no».

Volamos mañana, y lleva una semana dándome largas cada vez que le pido que escoja su ropa para las vacaciones; ahora, me toca prepararlo todo contrarreloj. Podría elegirle yo la ropa, pero acabaría quejándose si le metiese la que no quiere.

Niall se endereza, cruza los dedos y estira los brazos ante sí con un sonoro suspiro antes de ponerse de pie y girarse hacia mí.

–¡A la mierda el trabajo de hoy! –Frunce el ceño y, por un momento, se le muda el semblante. Luego, relaja la expresión–. Bueno, supongo que puedo tomarme un respiro y dejar de pensar en mi siguiente capítulo. ¿Qué quieres que vea?

Me sigue hasta el desnivelado descansillo que da acceso a nuestra habitación y agacha la cabeza en el quicio de la puerta. La habitación es bonita pero pequeña, y no tiene espacio más que para una cama doble, un armario y una cajonera. En este momento, recuerda a una explosión en una fábrica de ropa. Se me acelera el corazón de pensar en todo lo que tengo que hacer antes de que salgamos mañana.

–Esas son las camisas, las camisetas y los pantalones cortos que iba a meterte en la maleta.

Señalo las distintas pilas que hay en la cama.

–Esos no, Beth. –Niall sacude la cabeza–. ¿Y un traje?

–He metido el gris.

Frunce el ceño.

–Prefiero el azul marino. Y esa camisa, no.

Mi marido se pasa los siguientes veinte minutos poniendo mala cara a la mayoría de mis propuestas. Habría sido mucho más sencillo si hubiese hecho lo que le pedí y hubiese elegido él su ropa directamente. Con solo imaginar lo que tengo por delante, ya me pongo a sudar.

Por fin, Niall termina de decidirse y yo me relajo un poco.

–Estaba pensando en pedir comida a domicilio –sugiero–. Así, me ahorro fregar y doy por empezadas las vacaciones antes. ¿Qué te parece? ¿Algo italiano para ir poniéndonos en situación? A los chicos les encantaría una *pizza*... –dejo caer y aguanto la respiración cruzando los dedos para que diga que sí.

–Claro, una *pizza* me parece bien. Y un poco de pan de ajo.

Dejo escapar un suspiro de alivio. No creo que tuviese la energía o el tiempo necesarios para cocinar esta noche. Llevo días preparando comidas y postres, llenando la nevera y las alacenas de manjares caseros para los Mason. No es que estuviese obligada a hacerlo, pero me gustaría de verdad que disfrutasen su estancia. Puede que, si les gusta este sitio, repitamos el año que viene y convirtamos esto en una cita anual. Sería increíble. Así que estoy decidida a que este intercambio salga lo mejor posible.

–Mami, ¿dónde está la cena?

Connor asoma la cabeza por la puerta. Sigo sin acostumbrarme a su nuevo corte de pelo. Nuestro hijo, de once años, empezó la secundaria el año pasado y parece ser que sus maravillosos rizos castaños no eran lo suficientemente guais, de modo que pedí hora con nuestra vecina, Sal, una peluquera a domicilio, y ahora Connor lleva el mismo corte de pelo que el resto de sus amigos. Otra señal de que se está haciendo mayor. Por lo menos, da la impresión de que va más contento a clase.

–¿Y si pedimos una *pizza*? –le pregunta Niall.

–¡Síííí! ¿Podemos, papá?

A Niall le brillan los ojos.

–Eso mismo acabo de decir, ¿o no?

Connor se echa a correr escaleras abajo anunciándole a gritos la buena nueva a su hermano, Liam, de siete años.

–¡Liam, papá dice que podemos comer *pizza*!

Como si ir de viaje no fuese ya suficientemente emocionante, los chicos andan alborotados por tener tres días más sin colegio. Las vacaciones no empiezan hasta la semana que viene, pero el vuelo sale mañana, así que le escribí al director para preguntarle si habría algún problema. El señor Walton me dijo que, desde un punto de vista oficial, por supuesto que supone un problema, pero que, extraoficialmente, nos deseaba unas felices vacaciones.

Niall repasa con la mirada la habitación como si la estuviese viendo por primera vez.

–Beth, esto está hecho una leonera. Habrá que ordenarlo un poco antes de que lleguen los Mason.

Me trago las ganas de replicarle que no sería tanta leonera si él hubiese hecho la maleta la semana pasada, tal y como le pedí.

–No pasa nada –respondo haciendo un gesto con la mano–. ¿Por qué no vas pidiendo la *pizza*? Yo empiezo con esto.

–Uf. –Niall traga aire entre los dientes.

Al ver su expresión, pierdo fuelle.

–La pediría yo, Beth, pero aún tengo que escribir el dichoso capítulo. ¿Te importa? De todas formas, tampoco he descargado aún en el teléfono la aplicación de la empresa de reparto. –Me dedica una mirada arrepentida antes de salir de la habitación–. Ah, una grande de *pepperoni* para mí, Beth. ¡Gracias! –grita desde el descansillo.

Me quedo mirando el revoltijo que hay sobre la cama. Supongo que tiene su lógica que yo me encargue de la cena y de las maletas. A fin de cuentas, Niall tiene que terminar su trabajo. Sin embargo, se me cruza de repente una pregunta: ¿cómo he logrado pasar de ser una chef segura de sí misma a una madre y esposa estresada? El plan era prepararme para abrir un restaurante mientras Niall

intentaba firmar con una editorial. Solíamos repartirnos a medias las tareas domésticas, como un equipo. Hasta que, cuando estaba embarazada de Connor, Niall consiguió un contrato de edición. Su saga se convirtió en un éxito en todo el mundo y empezaron a reclamarlo para giras de libros y entrevistas. Yo estaba muy contenta por él. Ambos estábamos en un momento muy emocionante. Pero, en algún punto del camino, mis objetivos profesionales se quedaron en la cuneta. Dejé el trabajo y puse toda mi energía en nuestros hijos. Adoro a mi familia, de verdad que sí, pero no pensé que fuese a echar tanto de menos trabajar. Y, ahora que los niños se pasan el día entero en el colegio, quizás podría volver. Sin embargo, Niall no es muy partidario de eso. Dice que no nos hace falta el dinero y que los chicos necesitan que su mamá esté en casa. ¿Cómo se apañarían los fines de semana o en vacaciones? A lo mejor tiene razón. Llevo tanto tiempo fuera de juego que no sabría por dónde empezar.

Sacudo la cabeza mientras pienso que a santo de qué se me ha ocurrido esto ahora. Lo hecho hecho está. Tengo una vida estupenda, una vida de ensueño para la mayoría de la gente y por la que me siento muy agradecida. Tampoco es que me sobre tiempo para andar haciendo pucheros. Mañana nos vamos a Italia. Tengo que pedir la comida y, luego, ordenar la casa. Cojo el teléfono de la cama y abro la aplicación del servicio a domicilio.

Mientras tecleo la dirección, siento que me cuesta concentrarme en lo que estoy haciendo. En la pantalla, las palabras se me vuelven borrosas. Sé que Niall y yo decidimos que no trabajaría más y que me quedaría en casa para asegurarme de que todo fuese como la seda. Le dije que estaba de acuerdo con esa decisión. Siendo así, ¿a qué viene esa vocecilla insatisfecha que se esconde en mi cabeza? ¿Por qué me sigo viendo obligada a mantener a raya estos pensamientos recurrentes? A lo mejor, necesito otra conversación con mi marido. Puede que estas vacaciones me brinden la oportunidad de tenerla.

# Capítulo 3

## Amber

Estoy plantada en el balcón respirando el aroma de la primavera italiana. Esta es la primera tarde de verdadero calor en lo que llevamos de año. La primera tarde en que puedo salir sin chaqueta.

–¿Llevas suficientes prendas de abrigo? –me reclama Renzo desde la habitación–. Solo has metido tres jerséis.

Le doy un sorbo al vino.

–Siempre puedo comprar más cuando estemos allí.

–¿Qué dices? ¡No te escucho, Amber! ¿Puedes venir aquí un momento?

Lanzo un suspiro y me doy la vuelta. A través de las puertas correderas, vuelvo a entrar en el dormitorio, en el que está encendido el aire acondicionado.

–Cierra la puerta. Estás dejando entrar los mosquitos y haciendo que se escape el frío.

Hago lo que me pide.

–Échame una mano. Me estoy encargando yo solo de todo.

Renzo le echa una mirada crítica a la cama, sin quitar ojo a las perfectas pilas de ropa que hay en ella.

–Eso te encanta –digo arrastrando las palabras–. Cada vez que me propongo ayudarte, acabas recolocándolo todo. He aprendido a mantenerme al margen.

–Porque no haces la maleta, Amber; te limitas a apretujar cosas en ella y luego te quejas cuando se te arrugan.

–Cierto –asiento, y juego a provocarlo con una sonrisita de suficiencia.

Sacude la cabeza y el pelo, oscuro, le cae sobre la cara. No sabría decir si está molesto conmigo o concentrado.

Respiro profundamente y trato de mostrar mi mejor disposición.

–Vale, dame instrucciones.

–No, no te preocupes. Ya lo haré yo, tienes razón.

–¿Lo ves? Es que te encanta. ¿Quieres un poco?

Levanto la copa y la agito de un lado a otro.

–No hasta que haya terminado con esto. Coge otro par de jerseys del armario. Estaremos allí dos semanas, no dos días. Y la predicción del tiempo da aguanieve y lluvia. No entiendo por qué tenemos que ir a Inglaterra. ¿No podíamos haber elegido un destino más cálido?

Empieza a colocar camisetas enrolladas en el fondo de la maleta. Según mi marido, se arrugan menos si las enrollas que si las doblas.

Empujo una pila de camisas suyas y me siento en la esquina de la cama, a sabiendas de que eso lo molestará. Es que no puedo evitarlo. Me quiere tanto que no dirá nada, pero noto que acusa el golpe ante mi ataque involuntario a su orden perfectamente trazado. Le agarro la mano y se la cierro en torno al tallo de mi copa.

–Anda, tómate un sorbo. Quiero que los niños pasen tiempo en el Reino Unido y que practiquen el inglés. Que conozcan sus raíces. Apenas vamos.

Mi marido hace lo que le mando y toma un trago de vino.

–Es porque en Inglaterra hace frío y la vida es cara. Por eso vivimos en Italia, ¿te acuerdas?

Hago un puchero y me desinflo.

–Entonces, ¿no quieres ir? Pues ya podías haberlo dicho antes. Renzo me pasa la copa. Casi no la ha tocado.

–Claro que quiero ir. Lo único que no me apetece es el clima. Echo hacia atrás la cabeza y cierro los ojos un segundo.

–Es una casa de campo cuca. Podemos organizar veladas románticas delante del fuego y salir de paseo hasta la taberna más cercana. Parece ser que hay un castillo en Sherborne. Beth me envió un correo electrónico lleno de «cosas divertidas que hacer». A los niños les encantará. A decir verdad, pensé que querías cambiar de aires una temporada.

–Y quiero cambiar de aires. No me hagas caso. Irá todo bien. Aunque no estoy seguro de que me guste la idea de tener a unos

extraños en nuestra casa. Se me hará raro pensar que hay otra familia en nuestro lugar.

–Nosotros estaremos en el suyo.

–Sí, supongo que sí. ¿No decías que él era un escritor famoso?

–Eso parece.

–Pues nunca he oído hablar de él.

Renzo tuerce el gesto, y detecto en él un punto de celos.

–Papá...

Nos giramos los dos a la vez al oír la voz de nuestra hija, de seis años. Ladeo la cabeza al verla con su camisón, el dedo metido en la boca y su osito encajado debajo del brazo.

–Deberías estar durmiendo en tu cama, señorita. Es muy tarde.

Me hago la enfurruñada.

Flora es la más pequeña; luego está Frank, que tiene once años. Ambos nacieron en Italia, pero son cien por cien bilingües. En casa, hablamos normalmente en inglés para que no pierdan fluidez.

–¿Ya es hora de irnos a Inglaterra? –pregunta medio adormilada, con el pulgar todavía en la boca.

–No, señorita. –Renzo arrambla con ella en brazos y le hace soltar una risilla–. Es hora de volver a la cama. Allá vamos.

Mientras la lleva de vuelta a su habitación, yo salgo otra vez al balcón y se me va la vista hacia la piscina. La hemos hecho limpiar y llenar para el inicio de temporada. Bajo la superficie, se extienden y brillan las luces. A un lado, el *jacuzzi* burbujea seductor bajo un cenador cubierto de vegetación. Nuestra casa es bonita. Un santuario.

Me quedo quieta al sentir un traqueteo en la valla al fondo del jardín. Mi mirada capta algo que se mueve. Se me acelera el corazón y me resbalan perlas de sudor por la espalda y el pecho. Agarro la copa con una mano y me aferro a la barandilla del balcón con la otra. Suelto un juramento en italiano al ver que solo se trata del gato de los vecinos. Lo más probable es que venga a hacer sus cosas a nuestro jardín, otra vez. Dejo salir el aire tratando de respirar con normalidad de nuevo, molesta conmigo misma por ser tan asustadiza. Bueno, ya se encargarán Niall y Beth Kildare del gato las dos próximas semanas. Más les vale no

ponerse a darle comida. Lo último que necesito es que le den alas.

Vuelvo a pensar en lo que Renzo dijo de que no quería a extraños en nuestra casa. No me había preocupado por eso antes, pero, de repente, me revuelve el estómago pensar que vaya a estar aquí otra familia. Dormirán en nuestra cama, abrirán nuestras alacenas y cajones, comerán de nuestros platos y usarán nuestros cubiertos como si fuesen suyos. Me imagino a sus niños jugando en nuestra piscina mientras Beth está tirada en una tumbona con su marido extendiéndole crema solar por el cuerpo.

Me sacudo esa imagen y me meto dentro. Me cuesta cerrar las puertas del balcón tras de mí de lo que me tiemblan las manos. Se me escurre la copa de vino.

Estas vacaciones han sido idea mía. Yo convencí a Renzo para que aceptase. ¿A qué viene darle tantas vueltas ahora?